

*La alambrada*, de José Marzo  
Crítica de Isidro Cabello Hernandorena  
publicada en la revista *Quimera* (nov 2002)

La sabiduría constructiva, la acertada *dispositio* de los elementos, requiere mucho oficio. Natural o artificiosa, la disposición busca mayor fuerza expresiva, pues en la redacción final no basta —aunque se necesite— una metódica *inventio* de aquello que se piensa transmitir, ni tampoco una cuidada *elocutio*, adecuada al momento, personajes y asuntos. Acorde con ello, Marzo, escritor experto, halla bien, como se verá, ideas y sentimientos, personajes —ubicados en su espacio y su tiempo— y persona narrativa, y mima la ordenación de los elementos, su trabazón, su dosificación.

Como fruto, el relato se abre *in extremas res* con el anuncio de la muerte del que será principal protagonista, Emilio, avisada a su sobrino, Ángel, narrador testigo y, en buena parte, coprotagonista cuando no antagonista; a partir de ahí, el narrador reconstruye las últimas horas de la vida de Emilio. Una sabia disposición de los elementos los enlaza, los entrecruza y los hace avanzar hacia una serie de clí-

max finales, con revelación, lloros y desesperación.

El tiempo y su tratamiento son, pues, importantes en este relato. Por un lado, tenemos un tiempo cercano, vivido, el del último encuentro entre tío y sobrino, desarrollado en la desnudez de una habitación de hospital compartida; una situación límite cuya duración coincide con la de los diálogos que lo componen; un tiempo que se inicia con cierta esperanza y por ello se recalca que son las siete y media de la tarde, de una tarde bonita y de cielo azul madrileño; cuando la conversación avanza y se avecinan los grandes y trágicos desvelamientos familiares y estallan el dolor, la desesperación y la furia de Emilio, el narrador recalca la creciente oscuridad y la llegada de la noche, y a eso de las diez, ya noche cerrada, morirá el enfermo. Por otro lado, como contraste, pero combinado, en la novela se aborda el tiempo recuperado, a retazos, que se extiende por la segunda mitad del siglo XX, y que, con variedad de escenarios, hace aflorar imágenes de infancia y adolescencia de protagonistas y otros personajes, y pinceladas aisladas de la huida del campo a la ciudad en la postguerra; la pobreza de los años sesenta; el sindicalismo clandestino de los primeros setenta; la transición política, la llegada

de la democracia y el abandono de rebeledías juveniles al final de los setenta, o las transformaciones en las formas de vida urbanas en los ochenta. En ese ir y venir por la memoria, con frecuentes analepsis y algunas prolepsis, se configuran unas vidas marcadas por la soledad, la inadaptación, la exclusión. Así, en breve rato, combinando los dos tiempos, el hombre que agoniza hace pasar ante sus ojos —y los nuestros—, con la ayuda de su sobrino, nítida y con todo detalle, su propia vida, con lo que se confirma el tópico del moribundo, ingenuamente negado por el narrador.

La muerte física, por cáncer, sin llegar a los sesenta, de Emilio, no deja de ser un símbolo de su imposibilidad de vivir. No puede vivir un personaje tan individualista, acérrimo soltero, escéptico, nihilista, anómalo inteligente, sarcástico consigo y con los demás, ideológicamente en un callejón sin salida, que no ve solución a los problemas actuales del ser humano; pero, además, y esto lo sabemos cuando anocchece, un personaje contradictorio, con hondos sentimientos —y ésta es la clave— arrepentido de no haber dicho lo que más fuertemente había sentido, ni a Celia ni a la mujer de su hermano, que las quería y, sobre todo, que quería a ésta de verdad, por encima de todo convencionalismo familiar. Muestra así su incapacidad para comunicarse afectivamente a pesar de su palabra fácil, así como su frustración y desesperación, ambas justificadas.

Los personajes, que interpretan y verbalizan los temas planteados, se sustentan, sobre todo, en el choque de caracteres entre tío y sobrino, y también entre los dos hermanos, entre padre e hijo, entre marido y mujer, e, incluso, entre madre e hijo. Bajo estos choques subyace la presencia borrosa pero determinante de la madre de Ángel, involuntario objeto del deseo y vértice

constante del triángulo, la amada de Emilio, la acariciada —en amago incestuoso— por Ángel. A su lado, ilustrando las razones de esos choques, personajes secundarios como Celia e Isabel, como Gabriel y Teresa.

El diálogo, elemento expresivo predominante, tiene en su fondo los diálogos socráticos, en los que la verdad se va revelando como sin querer por medio de ágiles asociaciones mentales y hábiles avances en los porqués genuinos y ocultos de las actuaciones y de las palabras pronunciadas. Ahora bien, si el sadiano *Diálogo entre un clérigo y un moribundo* se percibe como un modelo más cercano en el tiempo, por la hondura de los temas tratados y la circunstancia del interlocutor cercano a la muerte (y, no por azar, en el diálogo de Marzo se alude al confesor que se acerca y dialoga con el enfermo), más cercano en el tiempo y en el espacio se destaca Baroja, con sus diálogos politemáticos y filosóficos entre Andrés Hurtado, el joven estudiante aún con ilusiones, y su tío Iturrioz, el inteligente, escéptico y desengañado profesional, tópico emparejamiento entre *senex* y *juvenis*, entre experto e inexperto en la sabiduría de la existencia. Más próxima aún en muchos aspectos, si cabe, planea la sombra de *El último encuentro* de Sándor Márai, sabio maestro de la disposición y el diálogo de ideas.

De forma rápida, con trazos rotundos y sintaxis ágil, en lenguaje coloquial y culto, intercalando tecnicismos médicos y vulgarismos caracterizadores, la obra se asienta sobre una reflexión sobre la condición del ser humano en general, de la España de postguerra en particular, y, más en concreto, del círculo de Emilio. Temas de alcance general son lo absurdo de la existencia y de los convencionalismos institucionales, y la incertidumbre de los destinos humanos;

el mundo como una mentira, un sueño, una ilusión, una mierda; la vida como puro teatro y como un argumento que se va borrando; la negatividad de los derechos humanos, la consustancialidad a la naturaleza humana de la guerra, la inexistencia de las guerras justas, la inconsistencia de la idea de paz; el hombre como un ser de naturaleza animal y animal enloquecido; la vanidad de vanidades, el *Ubi sunt?*, la ilusión de realidad y ausencia de historia y de civilización, y el escepticismo y el desencanto; y las opciones vitales del *Carpe diem* y del suicidio. Temas sobre la sociedad española son los cambios sociales y urbanos y la emigración del campo a la ciudad; la España de la transición, la militancia política y sindical clandestina y la corrupción de los dirigentes políticos; la democracia, el aburrimiento y corrupción de los funcionarios y el desencanto. Por fin, temas del ámbito personal son el choque generacional; el dolor de la soledad y de la exclusión, la desorientación vital; la incomunicación, el despecho y el remordimiento amorosos; el choque ideológico y caracteriológico entre

familiares; el desencanto, el suicidio y la muerte.

Sobreabundancia, pues, temática, pero diestramente dispuesta en aras del efecto final y reforzada por medio de símbolos, como la alambrada, el cáncer, la muerte y el suicidio, el hospital como microcosmos institucional, la cortinasímbolo, leitmotiv y elemento de variedad, simultáneamente, el humo, o la unamuniana ave carroñera.

Esta joya literaria, obra muy actual y abierta, por sus temas, por su tratamiento, se presta a una fácil —si no lógica— transformación en guión de película o en obra teatral (no en vano, detrás de ella se perciben procedimientos y efectos del gran teatro griego y norteamericano). A nadie debe sorprender que este elaborado y cuidadoso escrito, denso y ligero —a caballo de la novela corta y la novela—, combinación de relato de investigación, psicológico, social, ensayístico y filosófico, sin vanguardismos epatantes, brille, después de todo, en fondo y forma, por su frescura y su libertad expresivas.

**Isidro Cabello Hernandorena**  
es catedrático de Lengua y Literatura  
Españolas